

**Fernández, Víctor Manuel**

*Una interpretación de la religiosidad popular*

Revista Criterio N° 2300, Diciembre 2004

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

FERNANDEZ, Víctor Manuel. *Una interpretación de la religiosidad popular* [en línea]. *Criterio*, 2300 (dic., 2004) <http://www.revistacriterio.com.ar/iglesia/una-interpretacion-de-la-religiosidad-popular/> Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/rectorado/una-interpretacion-religiosidad-popular-fernandez.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

## Una interpretación de la religiosidad popular

por **Fernández, Víctor Manuel**

En América latina hay muchas formas de configurar la religiosidad. De hecho, algunos sectores de creyentes expresan su fe a través de devociones importadas de Europa, y peregrinan a santuarios europeos. También es cierto que millones de latinoamericanos no son católicos, que siguen creciendo los grupos neopentecostales, como la *Iglesia Universal del Reino de Dios*, y también las prácticas orientales de la mano de la *New Age*. Sin embargo, hay que reconocer que gran parte del pueblo cristiano que según las encuestas conforma la mayoría de la población participa de las manifestaciones propias de lo que llamamos piedad popular católica. Es la religiosidad que predomina sin duda en los pobres, pero de la cual participa también la mayor parte de la clase media, y que no está del todo ausente en los sectores más acomodados. Esta religiosidad asume el modo cultural predominante en la mayoría de la población latinoamericana, y en este sentido se la llama popular. Más que la palabra y el análisis, privilegia el símbolo, la acción, el rito, lo mítico, el movimiento, el beso, el canto, la música, los silencios elocuentes, los bailes, las velas y las flores, etc.

Basta mirar la televisión para reconocer las reacciones de los vecinos cuando se produce un secuestro en un barrio. Junto con permanentes muestras de solidaridad, aparecen imágenes de la Virgen, misas, velas, estampas de santos, crucifijos, rosarios, además de diversas palabras de fe y esperanza. No se percibe que haya muchas personas que se sientan excluidas de esas manifestaciones o que las rechacen.

Olegario González de Cardedal resalta que, por el influjo del pensamiento griego, la teología durante mucho tiempo relegó el cuerpo y los sentimientos al mundo de lo prehumano, infrahumano o tentador de lo verdaderamente humano, pero lo que no resolvió la teología en teoría lo resolvió la espiritualidad en la práctica. Ella y la religiosidad popular han mantenido viva la relación con los aspectos somáticos, psicológicos, históricos de Jesús. Los *vía crucis*, la devoción a sus llagas, la espiritualidad de la preciosa sangre, la devoción al corazón de Jesús, las prácticas eucarísticas, las adoraciones nocturnas, la veneración del santo Nombre, los calvarios: todo ello ha suplido los vacíos de la teología alimentando la imaginación y el corazón, el amor y la ternura para con Cristo, la esperanza y la memoria, el deseo y la nostalgia. La razón y la lógica anduvieron por otros caminos...<sup>1</sup>.

Si bien esta piedad incluye variadas expresiones cristológicas, particularmente ligadas a la Pasión del Señor, no podemos ignorar que es marcadamente mariana. María aparece como un símbolo particularmente apreciado de la cercanía de Dios. Los santuarios son los grandes focos de atracción e irradiación. No hablemos sólo de los santuarios más multitudinarios, como Guadalupe, Itatí, Luján o Chiquinquirá. También vale la pena recordar la riqueza de tradiciones de los santuarios menores, como el de Andacollo, en Chile, donde las danzas de distintas cofradías, acompañadas con guitarras, acordeones, platillos y flautas, son parte del culto festivo que se rinde a la Virgen.

En la Argentina, debido a la fuerte inmigración italiana, la devoción a los santos se extendió notablemente. San Cayetano, San Antonio y Santa Rita ocupan un lugar especial. Pero en toda América latina podemos advertir un notable atractivo hacia ciertas figuras que son consideradas instrumentos de la bendición divina, aunque no hayan sido canonizados, debido a que murieron en circunstancias trágicas por una cierta identificación simbólica con el Cristo crucificado o porque han defendido a los pobres y buscado la justicia cosa que se considera propia de Dios. En nuestro país se incluyen la Difunta Correa, Pancho Sierra, la Madre María y tantos otros. Ciertamente, no faltan en estos personajes simbólicos ciertas ambigüedades propias del realismo mágico; sin embargo, más allá de la carne de estas historias y manifestaciones, la mirada popular se concentra en un sentido luminoso que alimenta la piedad y les ofrece una luz de esperanza. Todo ello también forma parte de nuestra América profunda.

Advirtamos que en realidad la piedad popular latinoamericana no requiere signos demasiado vistosos y llamativos. En las imágenes religiosas los pobres no adoran un pedazo de materia. De hecho, van más allá del escaso valor estético de la imagen, porque perciben otro misterio invisible y bello que los atrae. Sabiéndose amados por Dios a través de la Madre del cielo se sienten seguros, respetados, valorados en su dignidad sagrada.

Cada advocación de la Virgen es vivida como una visita de María al pueblo amado. Cada imagen suya en medio de la gente es un signo de su cercanía materna. Los testimonios de muchos de los peregrinos indican que no sólo van a pedir o a cumplir una promesa, sino que van con ternura a expresar su amor a la Madre, como respuesta al amor que reciben de ella. En la actitud de profunda veneración que advertimos en los peregrinos, vemos que ellos saben que en un santuario hay mucho más que un trozo de materia pintada. Allí está la presencia afectuosa de la Madre que se reconoce a través del signo simple de la imagen.

Cuando, a través de ese signo, el creyente se reconoce amado y valorado, la fe se convierte en estímulo para vivir dignamente y defender los propios derechos. La tradición mexicana cuenta que María llamaba al indiecito Juan Diego el más pequeño de mis hijos como expresión de cariño y de predilección, que invitaba a valorar la dignidad de los indígenas. Podemos recordar también la devoción a Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, cuyo culto estuvo en los orígenes de un movimiento de emancipación de los negros esclavos.

Por todo esto, cuando nos situamos ante la religiosidad popular de la mayoría del pueblo latinoamericano, podemos reconocer que allí hay mucho más que un llamativo colorido folklórico. Hablamos de una sensibilidad espiritual de los pobres, una espiritualidad popular, una piedad popular o, en definitiva, una espiritualidad inculturada. Ese pueblo cristiano tiene modos propios de orar y de relacionarse con lo sagrado que son consecuencia de una verdadera alianza espiritual con Dios. Porque la inculturación es la forma concreta de alianza entre Dios y los hombres de este lugar y en este tiempo **2**. Aunque los fieles no vayan a misa o no respeten todas las normas de la Iglesia, la religiosidad popular es la primera y fundamental forma de enculturación de la fe. Esa piedad hecha cultura se vive espontáneamente, como parte inseparable de la propia vida, y por eso es más que una serie de nociones; configura un modo peculiar de vivir y expresar el dinamismo del Espíritu. No hablamos simplemente de las manifestaciones masivas de piedad, sino de aquellas expresiones religiosas que de modo *capilar* pasan a formar parte de lo cotidiano, del lenguaje espontáneo y familiar, y que la mayoría siente como algo ligado a su identidad. Eso que cada uno tiene en común con el pueblo creyente en general, pero que es muy personal al mismo tiempo. Lo que estamos diciendo tiene poco que ver con lo que se llama despectivamente "religiosidad de masas", caracterizada por la pasividad, por el consumismo de propuestas espirituales de moda, por ofertas que se imponen desde fuera y destruyen la identidad de las personas y de los pueblos.

De ahí "la importancia de la piedad popular para la vida de fe del pueblo de Dios, para la conservación de la misma fe. La piedad popular ha sido un instrumento providencial para la conservación de la fe allí donde los cristianos se veían privados de atención pastoral **3**. En este sentido cabe destacar la importancia de los signos cristianos que impregnan la cultura de sectores populares, creando en millones de personas una sensibilidad favorable o al menos no contraria hacia Dios, y produciendo una transmisión espontánea de la espiritualidad cristiana. En esta transmisión *el pueblo mismo es sujeto activo, no una masa anónima y pasiva*. Los movimientos marxistas, el socialismo y muchos teólogos de la liberación, pretendiendo estar de parte de los pobres, no supieron reconocer a la mayoría del pueblo pobre como sujeto cultural, y prefirieron mirar la religiosidad latinoamericana desde presupuestos cargados de prejuicios **4**. Esa piedad entrañable y por eso muy personal de los pobres, se convierte en una disposición estable que puede ser utilizada por el Espíritu para seducir al corazón e iniciar el regreso a la vida en amistad con Dios. También puede sostener una secreta adhesión a la fe cristiana y un sentido de pertenencia, como lo manifiesta el testimonio personal del filósofo A. Comte-Sponville, quien sostiene que la fidelidad es lo que queda de la fe cuando ésta se ha perdido. Por consiguiente afirma "intento también explorar mi propio mundo, mi *tradición cultural*, avanzar sobre un camino que es el *mío*, y no puedo dejar de reconocer ciertos valores que son cristianos **5**."

Veamos algunos ejemplos del modo peculiar en que la mayoría del pueblo latinoamericano, con su cultura, transmite una experiencia cristiana:

Un modo de transmitir el Evangelio sería que una madre regalara una Biblia a su hijo. Pero otro modo más eficaz de transmisión de la Palabra de Dios se realiza cuando esa Palabra se convierte en convicciones y expresiones culturales que se comunican de generación en generación como parte de la vida y de la identidad de una familia o de un pueblo. De ese modo, el Evangelio se recibe como el aire que se respira, como parte integrante de la propia identidad en la cual uno se siente reconocido. También en las peregrinaciones, el caminar juntos hacia la Virgen, llevando a los hijos o invitando a otros, es en sí mismo un gesto evangelizador por el cual el pueblo se evangeliza a sí mismo y cumple la vocación misionera del Pueblo de Dios. No son las dinámicas grupales o las cartillas que se reparten lo que da fuerza evangelizadora a la peregrinación.

Con respecto a la espiritualidad, la oración podría consistir en decir palabras como las siguientes: Señor Jesús, yo te acepto como Señor y salvador de mi vida, modo típico

legítimo y valioso de una cultura protestante. Pero hay otro modo de encuentro personalísimo con Jesucristo, proclamándolo Señor de la propia existencia: cuando alguien, al final de una peregrinación, besa con amor y confianza una imagen de Jesús, o cuando una madre lleva a su hijo para que sea consagrado a Dios en el bautismo.

El amor al prójimo que propone el Evangelio puede expresarse en la organización de un té para los pobres, explicando claramente que se trata de un acto cristiano de amor. Pero también lo expresa quien espontáneamente pasa una noche acompañando a un amigo fracasado o a un pariente enfermo, y enseña a sus hijos a reaccionar de la misma manera. Esos gestos espontáneos son algo que el Evangelio mismo produce y expresa, más allá de su letra escrita en el papel o captada por una mente catequizada.

Hay una vida teologal, vivida según un modo cultural, no simplemente una creencia inculturada. Por eso hablamos de una profunda espiritualidad inculturada que, precisamente por ser profunda e intensa, puede llegar a encarnarse en un modo cultural propio. Algunos podrían decir que es una forma imperfecta de vida cristiana, porque le falta la explicitación mental y el desarrollo verbal ilustrado. Es cierto, porque se trata de un modo de desarrollo y por lo tanto no encierra los valores de otros modos de crecimiento cristiano. Pero entonces hay que hablar también de la imperfección de muchas formas ilustradas de vida cristiana, donde puede advertirse: una estructuración individualista de la experiencia creyente, una manipulación del otro al servicio de proyectos efectistas personales, no disponer espontáneamente de espacios para el otro, dificultad para comprender las manifestaciones de los que son diferentes, rechazo obsesivo de los límites de la vida, sentimiento de superioridad fundado en el conocimiento de datos o en la acumulación de cursos, permanente necesidad de recibir criterios en información desde afuera sin poder configurar una identidad propia. Los esquemas rígidos de los agentes pastorales a veces impiden reconocer que el de ellos es un modo posible de vivir el Evangelio y de captar la realidad, pero no el único ni el más perfecto. Con pocos recursos, olvidados, ignorados y despreciados en su identidad, los pobres pueden configurar un modo propio de vivir y de perpetuarse, junto con una honda experiencia espiritual que los sostiene, y que Dios valora en lo secreto. En este sentido, podemos hablar de la tremenda soledad de los pobres de América latina, como bien expresaba Gabriel García Márquez:

El desafío mayor para nosotros ha sido la insuficiencia de los recursos convencionales para hacer creíble nuestra vida. Éste es, amigos, el nudo de nuestra soledad. La interpretación de nuestra realidad con esquemas ajenos sólo contribuye a hacernos cada vez más desconocidos. Los países más prósperos han logrado acumular poder de destrucción como para aniquilar. Nos sentimos con el derecho de creer que todavía no es demasiado tarde para emprender la creación de una utopía contraria. Una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad en esta tierra **6**.

En lo que se refiere a la espiritualidad, puede decirse que los cursillos de cristiandad, o los ejercicios ignacianos, o los retiros en un monasterio pueden ser fuertes experiencias espirituales, pero son sólo algunos modos posibles de la experiencia espiritual, no compartidos por la inmensa mayoría de los creyentes. Las formas populares, como la peregrinación y tantas otras son también modos posibles de una profunda experiencia espiritual, cargada de simbolismo y de convicción. La espiritualidad popular no es entonces una espiritualidad de segunda, sino un modo diferente, menos ilustrado pero con más símbolo, con más carne, y con la espontaneidad propia de lo que se ha hecho cultura popular.

En las peregrinaciones se produce una reacción del pueblo creyente ante la Virgen que convoca. Ciertamente hubo una invitación, hay grupos parroquiales que peregrinan porque la parroquia lo organiza, pero lo estrictamente popular está constituido por el pueblo autoconvocado, que va como quiere sólo porque al final está la Virgen. No cuentan ni la organización ni la cantidad o calidad de oraciones sino la actitud honda que se expresa en el mismo hecho de caminar con otros hacia la Virgen. Nada más. En realidad, el peregrino acude porque ha sido *convocado* por la atracción amorosa de Dios, Cristo, el Espíritu, María o un santo, más allá de la acción pastoral organizada. También él, aunque ande suelto, *tiene clara conciencia de pertenencia*. Por eso, superando la distinción entre peregrinación individual o comunitaria, está y se siente siempre inserto en una *sociedad de peregrinos* **7**.

Sin embargo, es cierto que la mayoría de los pobres creyentes no están muy insertos en las estructuras eclesíásticas, como las parroquias, movimientos, o en la misa dominical. El padre Tello intentaba explicarlo:

Las clases inferiores los indios, los esclavos y los criollos tomaron el anuncio de las cosas esenciales del cristiano, y, sin separarse de la Iglesia ni pretender hacerlo, dejaron de lado las formas del cristianismo unidas a la cultura de los dominadores. Por esto mismo, también

hoy pueden ser rechazados o simplemente no asumidos por el pueblo modos de ser, conductas o lugares que parezcan propios de los círculos de los dominadores o de los cuadros más altos que los desprecian o los excluyen de una manera o de otra (como la asistencia a ciertos lugares o templos, cierto ejercicio del ministerio sacerdotal, algunas formas de vida religiosa y ciertas prácticas religiosas).

Si bien posee una renovación actual y reflejamente consciente, como la de los cuadros más ilustrados, desde su sufrimiento cotidiano cree, espera y ama a Dios, increíblemente sin rebelión interior, aunque patee; y todavía le quedan fuerzas para hacerse solidario con los últimos, con los más rezagados. Un Dios en la cruz, el hombre amado, y una mujer dada por madre. La fe, la esperanza, el amor, y la unción suave del Espíritu derramado. Eso es lo que el pueblo sabe muy bien, sin atinar a decirlo.

Ciertamente, habrá que procurar que esta espiritualidad popular crezca en inserción eclesial, en contacto con la Escritura, en compromiso ciudadano... Pero esa promoción sólo será posible y auténtica si toma como punto de partida lo que Dios ya ha sembrado en el corazón de la cultura de la gente.

- 
1. O. González de Cardedal, *La entraña del cristianismo*, Salamanca 1997.
  2. Juan Pablo II, Discurso a los religiosos y religiosas en Kinshasa, agosto 1985.
  3. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia. Principios y orientaciones*, Ciudad del Vaticano, 2002.
  4. Cf. V. Codina, *Creo en el Espíritu Santo*, Santander 1994.
  5. A. Comte-Sponville, en la entrevista de Carlos Alfieri publicada en *Clarín. Cultura y Nación*, Buenos Aires 30/08/03.
  6. G. García Márquez, en su discurso ante la Academia sueca al recibir el premio Nobel de literatura en 1982.
  7. C. Galli, en C. Galli -G. Dotro -M. Mitchell, *Seguimos caminando*, Bs. As. 2004.